

quiso darle ni le dió crédito é hizo decir á Elena, por conducto del canceller Sapieha, lo mismo que de sus propios labios habia ella oido hacia diez años: «Hijita, tú no debes abrazar las creencias de la iglesia romana y aunque hayas de sufrir hasta morir, sufre antes de hacer tal cosa. Si por espontánea voluntad ú obligada ingresas en la iglesia romana, Dios te castigará y no recibirás bendición alguna de mí ni de tu madre, además de lo cual estaremos en guerra eterna con nuestro yerno.» En 1504, Alejandro reconoció al gran duque el título de gossudar por lo que á Lituania se refería.

Esta fué la última gran victoria de Ivan. Al firmarse la paz, los de Lituania habian acariciado la esperanza de que Ivan moriria pronto, pero precisamente entonces su salud era excelente. No murió hasta el 27 de octubre del año 1505.

Contaba entonces 65 años y habia ocupado el trono por espacio de 43, habiendo sido indudablemente uno de los soberanos mas importantes que tuvo la Rusia. No nos ha sido posible hablar mas detalladamente de su reinado, que merece ser objeto de una monografía especial. Muchos fueron los sucesos que acaecieron en su tiempo, de los cuales solo hemos podido apuntar algunos, pues no era oportuno referir lo que se sale de la esfera de la historia universal. Esto no obstante, no podemos poner punto final á la historia de este hombre extraordinario sin intentar describir los rasgos principales de su carácter.

Ivan III demostró que comprendia bajo todos conceptos los fines de la política moscovita. Hizo una guerra de destrucción contra las pequeñas soberanías parciales, semi-independientes todavía; puso término á la vergüenza de la soberanía del khan de la Horda de Oro, que aun cuando nominal en las últimas décadas anteriores á 1480, estaba en principio reconocida, y con los habitantes guerreros de las estepas entró en parte en relaciones amistosas y sometió la otra parte á su dependencia de modo que sin ser completamente inofensivas, eran muy poco peligrosas. En el exterior hizo prevalecer el principio de que todos los que en algun tiempo habian sido territorios rusos debian incorporarse á Moscou. Además se lanzó sobre las comarcas extranjeras proclamándose campeón de la iglesia griego-ortodoxa. Formó las primeras alianzas con el Occidente, llevando á su país á infinidad de arquitectos, mineros y médicos extranjeros, cuyas aptitudes é ilustracion fueron un poderoso apoyo para su soberanía y para la extension de su poder. Aumentó la fuerza militar del Estado, creando especialmente la artillería; mejoró la administración de justicia publicando un nuevo Código (1), y estableció mas sólidamente que sus predecesores la ilimitada autocracia de su gobierno. Señor de su casa y de su reino, concedió ciertamente una participacion en el gobierno á su esposa bizantina y á sus boyardos, pero esta participacion fué de carácter puramente consultivo, y nadie pudo ejercer influencia decisiva alguna en su ánimo. Sin ser un héroe en la guerra ni un gran general, casi siempre salió vencedor en sus

política lituana de matrimonios: «Todos esperaban que conmigo la Lituania recibiría toda clase de beneficios de Moscou, paz eterna, amor de parentesco, amistad y proteccion en la lucha contra los infieles. Pero ahora ven que yo les he traído todas las desgracias. Cuando pienso y veo lo que pasa en el mundo, cómo todos cuidan de sus hijos procurándoles toda clase de bienes, encuentro que Dios solo se ha olvidado de mí, sin duda por mis pecados.» Ivan observó sobre el particular que «en aquella carta habia puesto ella muchas cosas injustas y que era indecente que de esta suerte escribiera.» Dado el contenido de la carta, no era probable que Elena la hubiese escrito por sí sola, sin auxilio de nadie y sin ninguna influencia directa.

(1) El *Sudebnik zvelikawo knjasja Joanna Wassiljewitscha*, de setiembre de 1497, en los *Documentos históricos*, núm. 150. La version latina se encuentra en Herberstein: *Commentarii rerum Moscovitarum*, con el título de: *Ordinationes a Joanne Basilio M. Duco anno mundi 7006 facta*. Aquí no podemos entrar en detalles sobre el mismo.

luchas, pues siempre supo presentarse con fuerzas superiores y mientras sus adversarios estaban divididos por intereses contrapuestos, él pudo constantemente operar con gran unidad.

No era hombre dado á los placeres: moderado en la mesa, solia alejarse cuando las comidas tomaban el carácter de orgías. Se mantuvo siempre fiel, que nosotros sepamos, á sus dos esposas. En su alma no vemos movimientos de sensibilidad.

Taciturno, sério y poco comunicativo, no toleraba intimidad alguna y se mostraba severo con su corte. Sus representantes en el extranjero observaban un rigurosísimo ceremonial. Ivan tenia la aptitud administrativa que caracterizó á aquella antigua generacion de grandes duques de Moscou y visitaba todos los años su reino para examinar por sí mismo su situacion administrativa y sus condiciones militares. Cuando su dignidad parecia exigirlo, gustaba de presentarse con gran pompa.

Cuando montaba en cólera era terrible. Decíase que algunas mujeres se habian desmayado ante su sola mirada, y cuando se sentaba en su trono, muchos pretendientes no se atrevian á presentarse delante de él.

Difícil es decir hasta qué punto su carácter le impulsaba á aplicar severos castigos y hasta qué grado las consideraciones políticas le inducian á imponer las penas mas crueles que imaginarse pueden. Pero es un hecho que el refinamiento de aquella crueldad que caracterizó á Luis XI lo encontramos tambien en Ivan, que con razon ha sido llamado, como su nieto, *el Terrible*.

Ivan III, como todos los grandes duques de Moscou, era muy religioso y tenia un tinte de erudicion teológica; mas á pesar de esto el clero no ejerció durante su reinado influencia alguna política. En 1480 presentóse mas en primer término el metropolitano Geroncio, pero no vemos por él influida la política del gran duque. Otro hecho que demuestra cuán por encima se encontraba de las preocupaciones religiosas de su tiempo es el de no haber vestido antes de su muerte, como habian vestido su padre y muchos grandes duques, el hábito monacal. Ivan falleció siendo seglar.

La persecucion religiosa de que fueron objeto, en los últimos años de su reinado, los llamados herejes judíos obedecía por lo menos tanto á causas políticas como á motivos religiosos. Moscou, centro de la iglesia ortodoxa, no podia tolerar en su seno herejía alguna.

Los mas influyentes caudillos de aquella secta fueron presos: de ellos, unos fueron quemados vivos, á otros se les cortó la lengua y otros, por último, fueron encerrados por toda su vida en la cárcel. Tal conducta de Ivan se inspiraba en sus intereses políticos y en sus inclinaciones personales.

Es difícil encontrar en aquel hombre rasgos simpáticos: su pueblo le temió, pero no le amó: en las crónicas no encontramos ninguna de aquellas alabanzas con que solian relatar la muerte de un gran duque de Moscou.

Su fallecimiento no causó tristeza, pero no hubo quien no comprendiera su trascendencia política. De la época de Ivan III data el sentimiento nacional del pueblo ruso.

CAPITULO XXXIII

WASSILI IV IVANOWITZ (1505 - 1533)

El gran duque Ivan III habia vacilado algun tiempo entre designar como sucesor á su nieto Dmitri ó á su hijo Wassili, y si se decidió por este último no fué por cuestion de principios sino por simpatía personal. Despues que hubo trazado bien sus planes hizo cuanto pudo para dejar segura la soberanía á su hijo, y así se vió de un modo patente en las disposiciones testamentarias que tomó sobre la sucesion.

Ivan dejó cinco hijos, Wassili, Yuri, Dmitri, Semen y Andrés, entre los cuales dividió su reino, siguiendo en esto la antigua costumbre; pero así como Wassili el Ciego solo dejó á su primogénito una tercera parte de sus dominios, Ivan instituyó al mayor de sus hijos heredero de las dos terceras partes, de suerte que tuvo sobre sus demás hermanos una su-

perioridad considerable. Esto se ve aun mas claramente si se observa que entre las sesenta y seis ciudades que heredó Wassili IV Ivanowitz figuraban Moscou, Nowgorod, Pskoff, Twer, Wladimir, Kolonna, Pereyaslawl, Rostoff, Nishni, Sussdal y Murom, y que á él correspondieron todos los territorios fronterizos. Los hermanos quedaron limitados á sus pro-

Rufforum Rex & Dominus sum, iure paterni
Sanguinis, imperii titulos a n mine, quavis
Mercatus prece vel precio, nec legibus vllis
Subditus alterius, sed CHRISTO credulus vñ
Emendicatos alms, asperror honores.



El gran duque Wassili IV Ivanowitz.

Facsimile reducido del agua fuerte de Agustín Hirschvogel (1503?-1552), incluida en la primera edición de Herberstein: *Rerum Moscovitarum commentarii*. - Vienne, 1549.

pias posesiones. El derecho de tutela correspondió al gran duque, lo propio que la jurisdicción en todas las cuestiones capitales: los demás hijos estaban sujetos á muchas limitaciones, de las cuales las mas importantes eran la de que la herencia de los menores pasaba al gran duque si morían sin hijos - Wassili no les permitió luego casarse - y la de que debían reconocer á su hermano mayor como *gospodin*, es decir, como soberano. Los hermanos de éste no tenían soberanía.

Ivan cuidó personalmente del matrimonio de su hijo: el

plan de buscar para él una esposa entre las hijas de príncipes extranjeros fracasó por motivos religiosos, pues no habia ninguna princesa griega y de las católicas no podia esperarse un cambio de religion. Como en aquel tiempo no se encontraba en Rusia ninguna princesa ortodoxo-griega, no quedó mas remedio que elegir entre las jóvenes del país la que habia de ser gran duquesa, cosa que se oponia abiertamente á las ideas autocráticas de Ivan. Si se elegía por esposa de Wassili á la hija de algun súbdito, entre los descendientes de la antigua casa real, podrían éstos considerarse

como iguales respecto de la familia reinante, y un matrimonio de esta índole era contrario á la política moscovita, que tendía á rebajar y á debilitar á las familias entonces poderosas. Mas ventajoso era, pues, elegir una jóven de oscuro linaje cuyos parientes no pudieran nunca pretender una igualdad jurídica ni una participación en el gobierno.

Entonces ocurrió una de aquellas escenas características que con tanta frecuencia han sido descritas. Llamadas por el anciano gran duque, presentáronse en Moscou, para entrar en la elección nupcial, doncellas de todo el reino,—en número, al parecer, de 1,500,—de entre las cuales el heredero del trono eligió á la que debía ser su esposa. Es muy probable que fuese el mismo Ivan el que eligiera para su hijo. La crónica de Woskresen narra el suceso en los siguientes términos:

«En el año 7014, en 4 de setiembre, un jueves, el gran duque de todas las Rusias, Ivan Wassilyewitz, casó á su hijo Wassili Ivanowitz, gran duque de todas las Rusias, eligiendo para él á la hija de Yuri Constantinowitz Saburoff, llamada Salomonía... Dió la bendición nupcial el metropolitano de toda la Rusia, Simon, en la iglesia catedral de la Asunción de María, en la famosísima ciudad de Moscou.»

Los Saburoff eran de raza de príncipes, pero de príncipes tártaros y parecía imposible que esta familia, hasta entonces sin importancia alguna, pudiera ofrecer un peligro bajo el punto de vista político. El gran duque pudo, pues, bajo este concepto cerrar tranquilamente los ojos.

Aun cuando el desenvolvimiento interior de Rusia estaba asegurado bajo el punto de vista de la independencia cada vez mayor del jefe y de la unión política cada día mas firme, el nuevo gran duque tuvo que comenzar por dar pruebas de ser suficientemente fuerte para conservar la 'situación respetable que su padre se había conquistado en el exterior. Lituania había firmado su armisticio con Rusia porque Ivan, además de sus triunfos militares, había conseguido sobre él una victoria diplomática completa, aislándole de sus naturales aliados de las estepas. Kasan, sin embargo, se encontraba desde 1504 en abierta sublevación contra Moscou y, aliada con los tártaros nogáicos, se había lanzado sobre Nishni-Nowgorod para apoderarse de esta ciudad. Cierta que tuvo que levantar el sitio y que un ejército ruso se puso en marcha contra Kasan, pero la enfermedad y muerte de Ivan habían echado todo este plan por tierra, habiéndose hecho inevitable la guerra. Finalmente, no podía predecirse lo que haría Mengli-Girei, el cual, si no era un enemigo, era por lo menos un amigo en quien no podía tenerse mucha confianza. Lituania esperaba además que surgieran disensiones entre el gran duque y sus hermanos, como habían surgido desde hacia muchas generaciones á cada cambio de soberano.

En una palabra, Alejandro experimentó una gran alegría al tener noticia de la muerte de su suegro y se dirigió en seguida al maestre teutónico de Livonia para inducirle á que formara una alianza con él, mientras enviaba á Moscou una embajada para reclamar la devolución de las comarcas por Ivan conquistadas. Plettenberg, sin embargo, no se mostró propicio á la idea de una guerra, siendo de parecer que lo mejor era ver cómo se presentaban las cosas en Moscou. Entretanto, el gran duque Wassili contestó al emisario lituano de un modo decididamente negativo. A esto se agregó que los tártaros de Crimea invadieron entonces los territorios lituanos. Mahmet-Amin envió una embajada al rey de Polonia y gran duque de Lituania para formar alianza contra Moscou; pero antes de que aquella pudiera llenar su cometido murió Alejandro, en 19 de agosto de 1506, es decir, corto tiempo después de haber muerto Ivan III. Poco antes de su muerte había experimentado la satisfacción de saber que

su general, el príncipe Miguel Glinski, había conseguido una victoria sobre los de Crimea. Segismundo, hermano de Alejandro, á pesar de la reclamación de Wassili, de la cual no se hizo caso alguno, fué proclamado primero gran duque de Lituania y luego rey de Polonia; Mengli-Girei, después de su derrota, firmó con él no solo la paz sino también una alianza ofensiva y defensiva contra Moscou, para la cual fueron motivo suficiente las cuestiones de Kasan. Mahmet-Amin, confiado en su primera victoria, había propuesto también á Segismundo una alianza, poniéndose con él de acuerdo para caer juntos sobre Moscou en la primavera de 1507.

Las cosas, pues, se presentaban en alto grado favorables para Segismundo y sumamente peligrosas para Wassili. Este, en tan apurada situación, mostró una habilidad diplomática digna de su padre, y favorecido por una serie de felices circunstancias, supo no solo evitar el peligro sino también obtener ventajas de no escasa importancia.

Wassili se dirigió ante todo contra Kasan, enviando en abril de 1506 un ejército mandado por su hermano Dmitri, pero este ejército fué tan inútil que Mahmet-Amin, en una carta dirigida á Segismundo, se jactó de haber obtenido una importante victoria; y aun cuando en esto había cierta exageración, es lo cierto que desde agosto de aquel año se entablaron negociaciones de paz entre Moscou y Kasan.

Estas se prolongaron de tal manera, que la alianza de Kasan no pudo reportar provecho alguno á Lituania y Wassili se limitó á vigilar, bien que con pocas tropas, las fronteras orientales.

Que la alianza entre Mengli-Girei y Lituania fué para Moscou inofensiva lo demuestra el giro que tomaron los asuntos en este país. En efecto, la sublevación de Glinski debilitó las fuerzas de Lituania.

En tiempo del gran duque Witowt entró al servicio de Lituania un príncipe tártaro llamado Leksa, que al ser bautizado recibió el nombre de Alejandro, y se le concedió como patrimonio los territorios de Poltawa, Gliniza y Glinesk: su descendiente tomó de este último territorio el nombre de Glinski (1). Miguel Glinski, por nosotros conocido como vencedor de los tártaros, es un personaje de extraordinaria importancia. Educado en el Occidente de Europa, profesaba la religión católica y había sido uno de los mejores generales que había tenido el archiduque Alberto el Temerario, de Sajonia, durante la guerra frisía. A su regreso á Lituania había conseguido atraerse el favor de Alejandro y conquistarse por su medio una posición elevada, no solo en Lituania, sino también en Polonia. La victoria conseguida sobre los tártaros aumentó su ya exagerada ambición, de suerte que alentó la esperanza de ser elegido, á la muerte de Alejandro, gran duque de Lituania. Sin embargo, fué preferido Segismundo, y ya se comprenderá que Glinski no hubo de sentir muchas simpatías hacia su rival. Fomentó su antipatía un esclarecido lituano, Juan Yabrzczinski, que le acusó de alta traición. Glinski le citó por calumnia ante el tribunal real é instó sin descanso por obtener sentencia, mientras que Segismundo, que no juzgaba oportuno el momento para enemistarse con aquel hombre poderoso, aplazaba indefinidamente la resolución de la causa. Entonces Glinski apeló á la violencia y dijo, según parece, que emprendería algo que sería funesto así para él como para el rey. Secretamente se alió con Wassili Ivanowitz de Moscou, y cuando mas desprevenido estaba Juan Yabrzczinski cayó sobre él y le hizo asesinar. Esta fué la señal de la rebelión: inmediatamente se lanzó sobre Kowno, y aunque no pudo apoderarse de esta

(1) La genealogía de Glinski se encuentra en el primer tomo de los *Documentos para la historia de la Rusia occidental* (en ruso), nota 60.

ciudad, devastó sus alrededores y se unió con Mengli-Girei, el cual le prometió hacerle príncipe de Kieff si reconocía su soberanía. Este hecho es de grande importancia porque nos demuestra la mala fe de los tártaros de Crimea en la alianza con Lituania. Mientras se entablaban estas negociaciones, presentóse á Glinski un emisario del gran duque Wassili para excitarle á que con sus territorios se pasara al servicio ruso: Miguel Glinski, después de algunas vacilaciones, consintió en ello, apoyando la traidora empresa sus hermanos. Las tropas rusas se unieron á los partidarios de Glinski y se abrigó la esperanza de poder invadir á Kieff; pero la empresa fracasó delante de Gluzk por la defensa que hizo la princesa Anastasia, por cuya mano pensaba Glinski apoderarse de la ciudad. En cambio los invasores consiguieron penetrar en algunas poblaciones llegando hasta Wilna, auxiliados por las tropas rusas.

El rey Segismundo, después de haber vacilado durante mucho tiempo, en junio de 1508 se presentó con un ejército á defender aquella devastada comarca que tan en peligro se veía. Hasta el último momento había negociado inútilmente con Moscou; pero cuando se decidió á luchar fué favorable la suerte de la guerra, á causa de la poca habilidad y de la indecisión de los vaivodas moscovitas, que no supieron comprender el atrevido plan de ataque concebido por Glinski. Minsk fué libertada; el paso del Dnieper forzado, Orscha tomada y el ejército ruso arrojado mas allá de las fronteras. El rey Segismundo dirigió desde Smolensko las posteriores operaciones de la guerra, que no fueron de larga duración. El gran duque Wassili, espantado de las derrotas sufridas, se mostró dispuesto á firmar la paz: para negociarla llegaron á Moscou el día 19 de setiembre de 1508 los embajadores de Segismundo, pactándose en 8 de octubre «la paz moscovita.» La diplomacia rusa se mostró también en esta ocasión superior á la lituana. El gran duque Wassili no consintió en restituir todos los territorios conquistados y solo se avino á devolver las comarcas que se extendían al rededor de Smolensko. Los países de los príncipes que se habían pasado á Moscou quedaron en poder de los moscovitas, con la sola excepción de aquellos que Glinski había recibido como patrimonio ó en feudo de Lituania: Glinski y sus compañeros, que ya se encontraban en Moscou, debían permanecer en estos territorios. Los prisioneros de uno y otro bando fueron puestos en libertad. Se pactó, como de costumbre, una «paz eterna» y una alianza ofensiva y defensiva contra todos los enemigos y contra los tártaros, quedando exceptuado únicamente Mengli-Girei, del cual nadie podía decir con seguridad de quién era amigo ni de quién enemigo.

Glinski tuvo un fin trágico. Los lituanos le acusaron de la muerte de Alejandro, que decían había conseguido valiéndose de un médico por él sobornado: de tal acusación se vengó á la muerte de la gran duquesa Elena (1512) acusando á los magnates lituanos de haberla envenenado. Después procuró con todas sus fuerzas que se hiciera esperar lo menos posible el rompimiento de la «paz perpétua,» y cuando creyó que Moscou no le recompensaba del modo debido, volvió á aliarse secretamente con Lituania. Ivan, que tuvo noticia de esto, le mandó encerrar en una cárcel y entonces para salvar su vida abrazó la religión griega. Durante los últimos años de Wassili las circunstancias le dieron de nuevo, como veremos, una posición influyente.

Durante la última guerra lituana que á grandes rasgos hemos descrito, Elena Ivanowna, hermana del gran duque Wassili y viuda de Alejandro, desempeñó aquel papel negativo tan importante que ya la vimos representar en el reinado de Ivan. En las embajadas é instrucciones de Wassili continúan siendo un punto esencial las quejas de que no se la

honraba del modo debido y de que se atentaba á su libertad religiosa. Difícil es decir hasta qué punto eran justificadas las acusaciones de Moscou; mas parece seguro que, especialmente en Polonia, se veía con malos ojos que la esposa del rey profesase la religión griega. Por ella misma sabemos que el arzobispo de Cracovia y el obispo de Wilna procuraban atraerla al catolicismo. A pesar de esto, era tratada con toda clase de consideraciones. Elena vivía alejada de las cuestiones políticas y nunca pudo dejar sentir su influencia en su nueva patria. Sus cartas son, bajo el punto de vista intelectual, de escasa importancia. Los cuidados domésticos, el tocador y las diversiones llenaban toda su existencia, en la cual no encontramos apenas huella alguna de otros intereses mas elevados. Sobre la Lituania solo atrajo desventuras, siendo, sin que hubiera acto alguno de su parte, el pretexto que siempre tomaba Moscou para intervenir en los asuntos del vecino Estado.

De gran importancia fué para Wassili el no tener que abrigar, entretanto, temor alguno respecto de Kasan. Mahmet-Amin había firmado la paz y la relación de independencia tal como existió en los tiempos de Ivan III quedó restablecida; pero en los años posteriores, los sucesos fueron mas favorables todavía para Moscou. Mahmet, que pudo observar que en la corte del gran duque no se confiaba mucho en él, suplicó á Wassili que le enviara un hombre de confianza al cual confesaría todo cuanto había hecho en los anteriores años en detrimento del gran ducado. Moscou accedió á esta súplica; Mahmet hizo una confesión general y desde entonces estuvo en buenas relaciones con Wassili. La influencia rusa era incontestable en Kasan. El gran duque Wassili se vió, pues, libre de todo cuidado por esta parte y pudo pensar en llevar á término la obra de su padre y poner fin á la independencia de Pskoff, de la misma manera que Ivan había acabado con la de Nowgorod.

No podemos describir la ruina de aquella ciudad libre rusa mejor que lo hace la crónica de Pskoff, cuyas palabras expresan el dolor nacional (1).

«Desde los comienzos del imperio ruso esta ciudad de Pskoff no se encontraba en poder de ningún príncipe, sino que sus habitantes vivían según su propia voluntad. El gran duque de Moscou, sin embargo, sojuzgó á todas las soberanías parciales no por medio de una gran guerra, sino por luchas aisladas, según refiere la crónica. Primero sometió al príncipe Simeon de Susdal, luego á Nowgorod y por último á Twer, cuyo príncipe Miguel se refugió en Lituania. La ciudad de Pskoff estaba defendida por fuertes murallas y por una población numerosa; por esto ningún ejército iba contra ella y se temía que se pasara á Lituania, por cuya razón se la halagaba con mentiras y los pskovitas aceptaban del gran duque la paz y besando la cruz prometían no separarse de él. El gran duque les envió, á instancias suyas, los príncipes que ellos querían tener, pero de cuando en cuando también les enviaba algunos gobernadores que eran agradables á él y á quienes ellos no querían. Estos cometieron violencias, saquearon é hicieron injusticias. Entonces Pskoff y las ciudades á ésta anejas elevaron sus quejas al gran duque, repitiéndose estas quejas con mucha frecuencia.

»El día 26 de octubre del año 7018, día de San Demetrio, entró el gran duque en su ciudad patrimonial de Nowgorod la Grande, acompañado de su hermano el príncipe Andrés y de sus boyardos. Cuando los pskovitas supieron que el gran duque Wassili Ivanowitz se encontraba en Nowgorod la Grande, le enviaron como embajadores á los possadniks

(1) Véanse las crónicas rusas, tomo IV: *La primera crónica de Pskoff*, pág. 282.

Yuri Elisseyewitz y Miguel Panasoff y boyardos de todos los barrios, que le entregaron como presente ciento cincuenta rublos nowgorodes. Los emisarios doblaron ante él la cabeza é imploraron gracia, pidiéndole que se compadeciera de los hombres libres de Pskoff, «pues nos vemos maltratados por tu gobernador, el príncipe Ivan Michailowitz Repuja y su gente y por los gobernadores de los alrededores y sus gentes.» El gran duque contestó á nuestro possadnik: «Quiero ser bondadoso con vuestra herencia patrimonial y protegerla como han hecho nuestro padre y los grandes duques nuestros antepasados, y lo que decís de vuestro gobernador, mi príncipe Ivan Michailowitz Repuja, quiero, porque se han formulado contra él muchas quejas, acusarlo delante de vosotros.» De esta suerte despidió á nuestros possadniks y boyardos, los cuales dijeron á los pskoffitas que el gran duque había aceptado bondadoso el presente, pero que no podía saberse cuáles eran sus ideas ni lo que pensaba hacer con la



Bula de oro de Wassili IV Ivanowitz

En el anverso: jinete con coraza de escamas, un pequeño capacete, el manto flotando al viento y botas altas, atravesando con la lanza el cuello de un dragon; la inscripción dice, traducida: «El gran señor Wassili, por la gracia de Dios czar y señor de toda la Rusia, gran duque» - En el reverso la doble águila con dos coronas y las alas vueltas hacia abajo; la inscripción, que es continuación de la del anverso, dice: «de Wladimir, Moscou, Nowgorod, Pskoff, Twer, Ingria, Perm y señor de muchos territorios.» - El original tiene 59 milímetros de diámetro y se conserva en el archivo de Viena, en el tratado del gran duque y czar de 1514. Los cordones que sujetan esta medalla son de oro y de seda de color de púrpura.

Nowgorod, pero el gran duque no les hizo justicia, sino que les dijo: «Reuníos con vuestras gentes el día de los Santos Reyes y entonces haré justicia; ahora no.» Todos los pskoffitas se reunieron en Pskoff y cuando se aproximó aquel día los possadniks se dirigieron á Nowgorod acompañados de los boyardos y ancianos comerciantes, sin sospechar que allí les esperaba su perdición. El día de los Santos Reyes el gran duque Wassili Ivanowitz ordenó á todos los possadniks que se reunieran con los boyardos, comerciantes y ancianos y les dijo que fueran al río para el acto de la bendición del agua: el gran duque con todos los boyardos se encaminó hacia el río Wolchow y los sacerdotes y diáconos se presentaron con sus cruces, porque era el día de los Santos Reyes. Entonces Nowgorod no tenía obispo; bendijeron el agua el de Smolensko y los sacerdotes y luego que la hubieron bendecido, se trasladaron á la iglesia de Santa Sofía. Entonces el gran duque dijo á sus boyardos que procediesen conforme su buen juicio les dictase: y ellos, despues de conferenciar entre sí, dijeron á nuestros boyardos y á nuestras gentes: «¡Vosotros, possadniks de Pskoff, boyardos y hombres acusadores! el señor (*gossudar*) os ordena que vayáis á su palacio: el que no vaya sufrirá un castigo, pues el señor quiere haceros justicia.» Y los possadniks de Pskoff y todos los boyardos se dirigieron al palacio episcopal, siendo introducidos en el palacio real, menos los mas jóvenes, que se quedaron en el patio.

herencia de su padre, con los hombres de Pskoff y con la ciudad. Durante aquel verano, poco tiempo despues de lo referido, el príncipe Ivan Michailowitz Repuja salió de la ciudad para quejarse al gran duque de los pskoffitas que le habían deshonrado..... pero este Repuja no había ido á Pskoff en virtud de ningún tratado ni gobernaba en ella por el beso de la cruz..... y cometía maldades con los hijos de los boyardos y possadniks..... Estos conferenciaron entre sí y se dirigieron á Moscou para formular sus quejas.

»Por aquel tiempo los possadniks de Pskoff habían concebido con los habitantes de la ciudad un plan que no había de ser de buenos resultados para ellos. Enviaron cartas á los arrabales y á los territorios dependientes diciéndoles que «todos los que tuviesen motivo de queja contra el príncipe se dirigieran á Nowgorod la Grande para exponerlo al gran duque... El corazón de los pskoffitas rebosaba y nueve possadniks con los mas ancianos comerciantes se encaminaron á

Cuando penetraron en el salón, dijéronles los boyardos: «Estais presos por Dios y por el gran duque Wassili Ivanowitz de toda la Rusia.» Los jóvenes fueron entregados á la custodia de los nowgorodes.»

Esta terrible noticia llegó muy pronto á Pskoff, y la multitud congregada inmediatamente en wetscha, no supo encontrar medio alguno de salir de tal apuro. Todos los principales personajes se encontraban en poder del gran duque. Por último, los pskoffitas decidieron someterse incondicionalmente á Wassili. «Concede, señor y gran duque Wassili Ivanowitz, gracia á tu antigua herencia paterna; nosotros, tus huérfanos, te hemos sido siempre y te somos fieles, y nunca nos hemos vuelto contra tí: Dios es libre y tú lo eres para disponer de tu patrimonio y de nosotros, tu gentecilla (1).» Entonces el gran duque convocó por segunda vez á los prisioneros. Para nada se trató de oír sus quejas, pues ellos y no el príncipe Repuja eran los culpables. Se habían hecho dignos del destierro, pero si renunciaban á la wetscha y si querían admitir en Pskoff y en los arrabales los gobernadores del gran duque, éste se mostraría bondadoso en vez de justiciero. No había que pensar en negarse á ello, así es que los prisioneros consintieron en todo y Wassili, en prueba de que en lo sucesivo sería mas benigno, les convidó á comer.

(1) El diminutivo aquí usado: *s'judischkami swoimi*, apenas denota un resto de la noción de «hombre.»

Pskoff tuvo que someterse.

El gran duque formuló las siguientes exigencias: «La wetscha cesaria de funcionar; la campana que citaba á sus sesiones sería trasladada fuera de la ciudad; la administración de Pskoff sería confiada á dos gobernadores nombrados por el gran duque, y las poblaciones dependientes de Pskoff serían regidas también por funcionarios de la misma clase.» Los demás derechos les eran respetados.

Los pskoffitas, anonadados ante estas exigencias, que significaban la ruina de Pskoff, no supieron qué contestar. La noche se pasó en lágrimas y conferencias, y á la mañana si-

guiente se entregó al Djak Dolmatoff, emisario del gran duque, la siguiente respuesta: «En nuestras crónicas está escrito que con el bisabuelo, abuelo y padre (de Wassili) se hizo el beso de la cruz, que nosotros, los pskoffitas, vivimos unidos al gran duque de Moscou, sin unirnos á Lituania ni á la órden teutónica, sino viviendo de antiguo en paz. Si nos pasamos al gran duque de Lituania ó á los alemanes ó comenzamos á vivir por nuestra propia voluntad sin soberano, nos alcanzará la cólera divina; y el hambre, el fuego, las inundaciones y las invasiones caerán sobre los infieles. Si el gran duque, nuestro señor, no mantiene por su parte el beso de



El emperador Maximiliano I recibiendo la embajada del gran duque Wassili.

Facsimile reducido del grabado en madera, contemporáneo de Burkmaier, incluido en el *Weisskunig*.

la cruz, caerán iguales desastres sobre él si no nos conserva dentro de los antiguos usos. Ahora Dios tiene el poder y el gran duque lo tiene también para disponer de su patrimonio, de la ciudad de Pskoff, de nosotros y de la campana. No queremos romper nuestro antiguo juramento y atraer sobre nosotros culpa alguna por derramamiento de sangre, ni queremos levantar las manos contra nuestro señor, ni encerrarnos dentro de la ciudad. Si el gran duque quiere orar en nuestra catedral de la Trinidad y permanecer en su ciudad de Pskoff, le agradeceremos de todo corazón que no nos haya destruido por completo (1).»

La completa ruina debía venir muy pronto. En aquella humilde respuesta se veía todavía un resto de espíritu de independencia que el gran duque no se sentía inclinado á consentir. El día 13 de enero fué descolgada la campana en medio

de los lamentos del pueblo, siendo con gran prevision trasladada durante la noche. Ocho días despues entró el gran duque Wassili en Pskoff acompañado de muchas tropas y de sus vaivodas. Cuando salieron á recibirle á media milla de la ciudad los habitantes de ésta, dirigióles la pregunta vulgar, que en aquellas circunstancias parecía un insulto, de «¿cómo estais?» «Como mejor te plazca á tí, gran duque y czar de toda la Rusia; tal fué la contestación, cuya conclusión fácilmente se adivina.

El obispo de Kolomna le recibió en la catedral de la Trinidad, diciéndole: «Dios te bendiga, soberano, por haber tomado á Pskoff.» Entonces el pueblo entre sollozos exclamó: «Dios tiene el poder y el soberano y nosotros somos su patrimonio desde los tiempos de su padre y de sus antepasados.»

Ocho días transcurrieron sin que Wassili terminara su obra; pasados éstos, mandó prender á trescientas de las mas

(1) *Tschto ne pogubil do kónza.*